

Hasta luego, Inseguridad

Has sido una mala amiga

BETH
MOORE



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet: www.tyndaleespanol.com.

Visite la página de Living Proof en Internet: www.LProof.org.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Hasta luego, Inseguridad: Has sido una mala amiga

© 2010 por Beth Moore. Todos los derechos reservados.

Fotografías de la portada de Beth Moore por Stephen Vosloo © por Tyndale House Publishers, Inc. Todos los derechos reservados.

Fotografía del fondo de la portada © por Ivan Stevanovic/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Traducción al español: Adriana Powell y Omar Cabral

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia literaria de Yates & Yates (www.yates2.com).

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2008, 2009, 2010 Tyndale House Foundation. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con RV60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. Copyright © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; Copyright © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Versículos bíblicos indicados con NVI han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc. Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente.

Versículos bíblicos indicados con *The Message* han sido traducidos libremente al español de *The Message* por Eugene H. Peterson, copyright © 1993, 1994, 1995, 1996, 2000, 2001, 2002. Usado con permiso de NavPress Publishing Group. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2010 como *So Long, Insecurity* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-3472-1.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Moore, Beth, date.

[So long, insecurity. Spanish]

Hasta luego, inseguridad : has sido una mala amiga / Beth Moore.

p. cm.

Includes bibliographical references.

ISBN 978-1-4143-3475-2 (sc)

1. Christian women—Religious life. 2. Security (Psychology) 3. Trust in God—Christianity.

I. Title.

BV4527.M62418 2010

248.8'43—dc22

2010000871

Impreso en los Estados Unidos de América

16 15 14 13 12 11 10

7 6 5 4 3 2 1

Para Annabeth

Contenido

Agradecimientos *vii*

Introducción *xi*

- CAPÍTULO 1: Lo suficientemente enojada como para cambiar *1*
- CAPÍTULO 2: Una inseguridad que impacta *15*
- CAPÍTULO 3: No tiene un solo aspecto *29*
- CAPÍTULO 4: Buena compañía *43*
- CAPÍTULO 5: Arrancar las raíces *57*
- CAPÍTULO 6: Un cóctel de ego y cultura *85*
- CAPÍTULO 7: No te dejes engañar *107*
- CAPÍTULO 8: La dignidad, un bello premio *143*
- CAPÍTULO 9: Un tiempo y un lugar de sanidad *159*
- CAPÍTULO 10: Ni dioses ni demonios *173*
- CAPÍTULO 11: Comer del árbol equivocado *201*
- CAPÍTULO 12: A través de los ojos masculinos *225*
- CAPÍTULO 13: El poder de elegir *237*
- CAPÍTULO 14: ¿Podemos hacerlo para ellas? *259*
- CAPÍTULO 15: Ayudándonos *273*
- CAPÍTULO 16: Ver más allá de nosotras mismas *295*
- CAPÍTULO 17: ¿A qué le tienes miedo? *317*
- CAPÍTULO 18: Permanecer limpias *333*
- Si estás considerando a Cristo *345*
- Notas *349*

Agradecimientos

Jamás he tenido tantas personas a quienes agradecer al terminar una obra escrita. Más de mil hombres y mujeres contribuyeron a este mensaje, y si tú eres uno de ellos, mis palabras de agradecimiento no podrán expresar mi corazón y cuán humilde me siento por tu inversión servicial. Oro para que Dios bendiga tus esfuerzos de manera asombrosa, con una cosecha de mujeres que encuentren el libro por su providencia y logren la libertad que anhelan.

Para mi amada comunidad en Internet, a la que llamo las “Siestas”: Chicas, este libro existe porque ustedes contribuyeron a él y me dieron el coraje para escribirlo. Se reconocerán a ustedes mismas en cada página. Esperen hasta ver el capítulo 7. Es acerca de ustedes, de principio a fin. Las quiero muchísimo. Son una gran parte de mi jornada y me proporcionan un panorama hacia el resto del mundo. Que Jesús siga siendo su premio.

Para los más de 150 hombres que participaron en la encuesta masculina: Sus perspectivas resultaron ser una de las coyunturas más importantes en esta jornada. Valiosísimas. Muchas gracias por permitirme citarlos y

hasta meterme un poco con ustedes. Fueron estupendos. A propósito, muchos de ustedes me preguntaron qué podrían hacer para que la inseguridad sea un problema más pequeño para sus esposas e hijas. Cada vez me sonreí y pensé: *Si tienes la perspicacia suficiente como para hacer la pregunta, no eres parte del problema.* Los respeto muchísimo. Otra vez, gracias.

Para mis muchachas de TMA los lunes en la noche: Me divertí bastante con ustedes. Gracias por proporcionarme elementos de su generación joven para entender un asunto que, sin duda, sólo seguirá aumentando en importancia. ¡Continúen reuniendo el coraje para ser las mujeres de Dios de quienes hablamos!

Para mis amigas: Pobrecitas. Esta fue una época peligrosa para ser mis compañeras de ejercicio. Gracias por contarme cosas sobre las que se habrán preocupado luego de si yo las compartiría por escrito. Les aseguro que sí lo hice, pero no se preocupen. O no usé nombres o los cambié. Me estoy riendo fuertemente. Mejor que también lo hagan ustedes. Ayuda a calmar los nervios.

Para mi segunda familia, el personal de Living Proof Ministries: Ustedes son los que más amo, además de mi familia directa. Realmente los adoro. Gracias por todas las conversaciones trascendentales sobre este asunto durante el almuerzo y por actuar, una vez más, como que no veían el momento de conseguir el nuevo libro. No soy digna de ustedes. Los quiero y no puedo imaginar mi vida sin ustedes.

Para Sealy y Curtis y el personal de Yates and Yates: Gracias por ser gente en la que puedo confiar. Gracias por ser los primeros en captar la visión y por hacer todo lo que pudieron para cumplirla. Lo mejor es que no lo hicieron porque creen en mí, sino porque creen en Jesús. Gracias a Dios, él puede usar a cualquiera; si no, ustedes y yo nunca nos habríamos encontrado. Ustedes son regalos de su misericordia para mí.

Para el equipo de Tyndale: Mark Taylor, tengo muchísimo respeto por usted y su patrimonio espiritual. Me siento honrada de colaborar con usted, señor. Gracias por asumir este riesgo conmigo. Ron Beers, usted es, sinceramente, uno de los hombres más gentiles que jamás he conocido. Apuesto que las mujeres en su vida no luchan con mucha inseguridad. Jan Stob, tú fuiste una de las primeras mujeres en leer el

manuscrito, y me sentí aliviada hasta el punto de llorar porque me di cuenta de que lo entendiste. A veces, soy una persona tan necesitada y desorganizada que me pregunto si he escrito un libro entero sólo para mí misma. Tú me diste a conocer que, por lo menos, este fue escrito para las dos. Jackie Nuñez y Stephen Vosloo, ¡me encantó el trabajar con ustedes! Muchísimas gracias por venir a Houston y por hacerme sonreír hasta que me dolieron las mejillas. Tenía más arrugas cuando se fueron de las que tenía cuando llegaron. Maria Eriksen, estoy muy agradecida por tu atención a cada detalle y por no dejar de hacer preguntas hasta que entendiste la audiencia del libro. Tu intensidad profesional me dejó sin duda alguna de que estabas haciendo tu trabajo. Stephanie Voiland, muchas gracias por tu obra diligente en corregir el manuscrito. ¿Cuántas veces te preguntaste por qué no podía expresarme de manera más sencilla?

Para Lisa Jackson: Tú eres una parte integral del equipo de Tyndale, pero eres digna de mención especial en este proyecto. A medida que este mensaje cobró forma escrita, supe que tendría que ser editado por una mujer. Dios supo que tú serías la editora. Me encantó cada momento trabajando contigo. Tienes una capacidad extraordinaria de estar siempre disponible, pero de nunca interferir. Eso no es fácil. Siempre recordaré el día que pasamos juntas, llevando a cabo cada cambio, sin un solo momento de incomodidad. ¿Qué tal estuvo eso? Trataste el manuscrito con dignidad. Me ganaste el corazón como editora, como madre y como hermana que también está tratando de navegar las aguas infestadas de tiburones de esta cultura. Muchas gracias, desde lo profundo de mi corazón.

He escrito todos los otros agradecimientos con gozo rebosante, pero a medida que concluyo, me inundan las lágrimas.

Para mis maravillosas hijas, Amanda y Melissa: No hay nada en el mundo que me satisfaga tanto como aprender y reflexionar y servir al lado de ustedes dos. Respeto sus opiniones más que las de cualquier otra persona. No hay mayor prueba de la gracia de Dios en mi vida que ustedes dos. Nadie me hace pensar ni reír ni orar ni *comprar* como ustedes. Dios las usa continuamente para conectarme con una generación de mujeres que son, sin casualidad, lo suficientemente jóvenes como para ser mis hijas. No hay palabras para expresarles cuánto me importan.

Para mis yernos, Curtis y Colin: Me alegro muchísimo de que no

supieran en qué se estaban metiendo. Nunca podrían haber imaginado las implicaciones de tener esposas metidas tan profundamente en el ministerio a las mujeres. Ustedes son muy comprensivos . . . y son los hijos que nunca tuve.

Para Jackson y Annabeth: Gracias por proveerme innumerables distracciones encantadoras. Su Bibby está loca por ustedes.

Para mi hombre, Keith: ¿Cómo puedo agradecerte lo suficiente por permanecer conmigo a través de tantos altibajos y vueltas en el camino? Otros vienen y se van, pero tú has estado a mi lado durante treinta y un azarosos años. Tú eres mi compañero de por vida. Mi mejor amigo. No elevo ofrenda en el altar de Dios que no te haya costado harto, de una manera u otra. A menudo dices que nunca podrías escribir un libro, pero, querido, gran parte de tu vida ha sido un libro abierto con el nombre de tu esposa en la portada. Vacilo entre el remordimiento y la gratitud por ello. Que Dios te bendiga por preocuparte tanto por las personas que me permites hablar de ti constantemente y, de vez en cuando, de tus fallas. Eres un hombre humilde con un deseo profundo de ver a las personas lastimadas encontrar la sanidad. Estoy tan enamorada de ti . . . otra vez.

Más allá de todo lo demás que amo, “¡que todo el honor y toda la gloria sean para Dios por siempre y para siempre! Él es el Rey eterno, el invisible que nunca muere; solamente él es Dios. Amén” (1 Timoteo 1:17).

Introducción

BUENO, SUPONGO QUE lo que tienes en tus manos es lo más cerca que llegaré para escribir una autobiografía. La historia entera de mi vida crece como un brote silvestre de la tierra espinosa de la inseguridad. Cada temor que he enfrentado, cada adicción que he alimentado, cada relación desastrosa que he tramado y cada decisión idiota que he tomado han brotado de esta tierra desgraciadamente fértil. A través del poder y de la gracia de Dios, he tratado con muchos de sus efectos secundarios, pero, curiosamente, hasta ahora he pasado por alto la fuente primaria.

Nuestra familia tiene una propiedad en el área más fea, llana y agreste de lo que se conoce, generosamente, como el “país montañoso” de Texas. Digámoslo de esta manera: si hay una demanda repentina de cactus, mezquites y rocas blancas indeterminadas, Keith y yo seremos ricos. Cuando estuve allí, hace poco, capté un

vistazo contradictorio de mí misma mientras caminaba lentamente por un sendero rocoso, esquivando espinas. Tenía puestos mis auriculares, con mi iPod a todo volumen. Mi mano izquierda, con mi aro de boda y una manicura fresca, estaba alzada en el aire, alabando a Dios, y mi mano derecha estaba al otro lado, asiendo una escopeta. Sé cómo cargarla. Sé cómo usarla. Sonreí ampliamente, sacudí la cabeza y me pregunté: *¿Cómo sucedió esto?*

Serpientes de cascabel, y muchas de ellas. Son la razón por la cual Keith puso en fila varias latas de refresco en un tocón, colocó una escopeta en mis manos y me dijo: “Apunta con cuidado, ’Lizabeth. Ahora, inclínate hacia el arma, apóyala contra tu hombro y, cuando estés lista, dispara con ganas.” Erré la primera vez, pero no he vuelto a hacerlo. A mi modo de ver, puedo salir a disfrutar del aire fresco bien equipada o puedo sentarme en el aire viciado de la casa enfurruñándome por un sendero lleno de peligros. Alcánzame la escopeta. No me voy a perder la vida por unas culebras.

Estos son días peligrosos para ser una mujer, pero, con seguridad, son los únicos que tenemos y están pasando rápidamente. Podemos quedarnos sentadas, como víctimas, hablar de cuán injusta es toda la presión en cuanto al género y volvernos más inseguras a cada rato, o podemos elegir equiparnos bien y salir a vivir plenamente. Este libro es para cualquier mujer que valientemente elija lo último, a pesar de la fuerte coacción de su propia inseguridad en una cultura que la hace casi inevitable.

Por toda la vanagloria de nuestra sociedad, hemos desarrollado un sistema erróneo de creencias que es tan sutil como una serpiente de cascabel. Es hora de encañonarlo firmemente y hacerlo pedazos.

Quizás nunca has leído un libro como este. Quizás no compartes

mi sistema de creencias, pero te has sentido atraída a abrirlo porque compartes mi batalla. Echa un vistazo a tu alrededor. ¿Ves a otra mujer? Lo más probable es que ella también comparta esa batalla. Sin importar nuestras ocupaciones, trayectorias o posesiones, la gran mayoría de nosotras está nadando en un océano de inseguridad y haciendo lo mejor para escondernos detrás de nuestros anteojos de natación. En caso de que pensemos que un día podremos simplemente dejar este desafío atrás, he aprendido, a medida que hacía la investigación para este libro, que probablemente no lo haremos. Si lo dejamos de lado, la parte crónica de la inseguridad puede disminuir en nuestros años sesenta, pero la inseguridad misma podría acosarnos hasta la muerte. Con sinceridad, ¿a quién le gustaría cualquiera de las dos opciones? Aun en el mejor de los casos, ¿qué se supone que hagamos con los primeros cincuenta y nueve años, hasta sentirnos mejor?

La inseguridad femenina es una epidemia, pero no es incurable. Sin embargo, no debes esperar que se vaya tranquilamente. Tendremos que dejar que la verdad nos grite al alma más fuerte que las mentiras que nos hayan infectado. De eso trata este libro. Nos invita a enfocarnos firmemente en un asunto que es causa de muchos más. Es mi profunda esperanza que me acompañes en esta jornada hacia la seguridad auténtica. Te prometo que seré directa contigo y no trataré de manipularte. Si tengo algo que decir, lo diré francamente en vez de intentar hacerte ingerir algo que no sabías que estaba en tu plato. Arriésgate desde la primera página hasta la última, y si, sinceramente, llegas al final sin una pizca de entendimiento o de ánimo, empaqué mis libros y me iré a casa. Sin embargo, espero que salgas con algo infinitamente mayor. Quiero nada menos que cierres este libro como mujer *segura*.

El proceso de escribir este libro ha sido distinto a cualquier otro que he experimentado. Me encanta la investigación, y disfruto el estudio para cada libro tanto como el escribirlo. Me toma meses escudriñar otros recursos antes de teclear la primera palabra en mi computadora. Sin embargo, no pasó así esta vez. Casi no pude encontrar libros que trataran específicamente sobre la inseguridad. Tal vez haya más recursos escondiéndose en algún lado, pero los métodos para encontrarlos, que me han servido durante años, me fallaron en esta instancia. En esta carencia, descubrí fuentes infinitamente más valiosas. Recurrí a las personas como mis libros. A más de 1.200 de ellas, de hecho, y tal vez te interese saber que no estudié sólo a las mujeres. Tendrás que seguir el mensaje para ver qué roles juegan los hombres. Creo que sus contribuciones te resultarán muy esclarecedoras.

Cada historia femenina que comparto en estas páginas es, de alguna forma, una parte de la mía. Tal vez no llegué tan lejos como ella. Tal vez ella no llegó tan lejos como yo. Sin embargo, nos entendemos muy bien. Nos deseamos lo mejor. Quizás ya es hora de caminar bien, lado a lado.

Lo suficientemente enojada como para cambiar

ESTOY MUY ENOJADA, y necesito hacer algo al respecto. Algunas personas, cuando se sienten a punto de estallar por una emoción, comen; otras vomitan. O salen a correr, o se meten a la cama. A algunas les da una crisis. Otras la reprimen y tratan de olvidarla. Yo puedo hacer todas esas cosas en orden secuencial, pero aun así no encuentro alivio.

Cuando mi alma se enciende hasta que siento que mi piel está a punto de reventar, escribo. Nunca a mano, si puedo evitarlo. Cuanto más alterada estoy, es cuando más disfruto golpeando las teclas de la computadora. Tecleo por fe y no por vista. Mi teclado es testigo de que soy una persona apasionada, con una obsesión por las palabras: casi todas las vocales están gastadas. Me parece que *enojo* no tiene vocales suficientes. Quizás sería mejor decir que estoy encolerizada. Esa palabra está bien. O ¿qué tal una ira

irracional hasta el punto de la inconsciencia? Y que se gasten las vocales del teclado.

A decir verdad, ni siquiera estoy muy segura de qué es lo que me encoleriza. Espero descubrirlo a medida que vaya dándole duro a estos capítulos. Una cosa es cierta: una vez que lo descubra, es probable que no lo guarde para mí sola. Después de todo, ya conoces el dicho: No hay peor furia que la de una mujer despreciada. Y me siento desdeñada.

Sin embargo, no sólo por mí misma. Me siento enojada en nombre de todas las que hemos nacido con un par de cromosomas X. Toda mi vida en el ministerio la he vivido en el bendito caos de la cornucopia femenina. Durante veinticinco años seguidos he observado a nuestro género a través del cristal de las Escrituras; he reflexionado sobre nosotras, he defendido a nuestro género, he redargüido y amonestado, he deliberado sobre nosotras, he orado por nosotras, he perdido el sueño por nosotras, he llorado por nosotras, me he muerto de risa y me he ofendido por nosotras —y a causa de nosotras— en más oportunidades de las que puedo recordar. Y, luego de un cuarto de siglo rodeada por chicas que van desde la etapa del jardín de infantes hasta que les llega el momento de usar el forro con puntillas en el interior del ataúd, he llegado a esta tierna conclusión: necesitamos ayuda. *Yo necesito ayuda*. Algo más de la que estamos recibiendo.

La mujer que vi hace unos días en la autopista, y que lloraba a lágrima tendida sobre el volante de su Nissan, necesita ayuda. La chica que miente sobre su edad para conseguir un empleo en un bar de topless necesita ayuda. La divorciada que por el autodesprecio ha engordado veinticinco kilos necesita ayuda. ¡Qué caramba! La cantante de rock que desdeñé durante años necesita ayuda.

Hace poco, cuando leí algo humillante que su ex dijo sobre ella —algo que a cualquier mujer le dolería en el alma—, salté en su defensa como un chacal sobre un ratón, y me pregunté, en serio, cómo podría contactarme con su agente para ofrecerse como su mentora en un estudio bíblico.

Días atrás, en un salón de té, me senté junto a una preciosa mujer a la que quiero mucho. Se casó hace tres meses; hicieron todo lo correcto como para llegar a la sagrada ceremonia, lo cual aumentó mucho la expectativa. Después de comentar más o menos durante una hora sobre el matrimonio, me dijo: “El último fin de semana parecía estar desinteresado en mí. Seré sincera: eso me conmocionó. Tenía ganas de preguntarle: ‘¿Así que ya no te intereso? ¿Tan rápido? ¿Se acabó todo?’”

Estoy bastante segura de que su esposo volverá a entusiasmarse, pero ¡qué tragedia que ella sienta que tiene la vida útil de un videojuego!

Recordé otro contacto reciente con una hermosa mujer de treinta años, como las que salen en las tapas de las revistas, quien mencionó —casi al pasar— que tiene que ponerse algún disfraz para que su marido quiera hacer el amor con ella. No critico sus tacos con plumas rosadas, pero me pregunto si estará pagando un precio demasiado alto. Es que me da tristeza que no pueda sentirse deseable siendo ella misma.

Ayer me enteré de que una muñequita de quince años con quien estoy en contacto se acostó con su novio en un intento desesperado por retenerlo. A pesar de todo él la dejó, y luego se lo contó a todo el mundo en la escuela a la que ella asiste.

Una mujer a la que amo está atravesando su tercer divorcio. Quiere encontrar un buen hombre desesperadamente, aunque,

bien sabemos, que andan por ahí. El problema es que ella sigue casándose con el mismo tipo de hombre.

Estoy muy enojada.

Si estos ejemplos fueran la excepción a la regla, no me tomaría la molestia de escribir, pero tú y yo conocemos bien el tema. Día tras día escucho ecos del miedo y de la desesperación de mujeres, aunque hagan todo lo posible por ahogar el ruido con sus carteras Coach. ¿A quién creo que estoy tomándole el pelo? Escucho el resonar de mi propio corazón más veces de las que quiero reconocer. Procuero sofocarlo, pero no logro hacer que se calle. Algo debe andar mal en nosotras para que nos valoremos tan poco. Nuestra cultura nos ha jugado una mala pasada. Tenemos dañada la columna vertebral de nuestra alma y, ¡santo cielo!, tenemos que arreglarla.

Esta mañana, mientras me preparaba para ir a la iglesia, mi teléfono celular vibró hasta casi caerse del lavabo por los seis mensajes de texto que recibí de una amiga soltera que tenía una crisis sentimental. Le respondí con lo poco que tenía para dar, mientras luchaba con mis propios asuntos. Decidí que lo que yo necesitaba era un buen sermón para evitar que se me corriera el delineador, así que busqué en los canales de televisión hasta que encontré un impresionante pastor local. Quién lo diría, el sermón era sobre lo que una mujer necesita de un hombre.

Suspiré hondo.

En realidad, el mensaje era buenísimo para alguien que tuviera la intención de hacer lo que él recomendaba, pero como yo conozco la naturaleza humana y me sentía inusitadamente cínica, sentí que mi frustración iba en aumento. El predicador se había preparado bien. Brindó una presentación en PowerPoint

de media docena de diapositivas con gráficos último modelo que describían lo que los hombres deberían hacer por las mujeres: “Las mujeres quieren que se les diga que son encantadoras. Que son hermosas. Atractivas.”

No lo negaré. ¿Qué mujer no florecería ante una constante afirmación de esa naturaleza?

Sin embargo, mi pregunta es la siguiente: ¿Qué pasa si nadie nos lo dice? ¿Podemos encontrar la manera de sentirnos bien? O ¿qué pasa si él lo dice porque *se supone* que es lo que tiene que hacer, pero en realidad no lo siente? ¿Tenemos alguna esperanza? Y ¿qué si *ningún* hombre se siente cautivado por nosotras? ¿Qué hacer si no nos ven particularmente hermosas? O ¿si, razonablemente, no lo sienten todos los días? ¿Estamos seguras sólo cuando él lo dice? ¿Qué ocurre si él nos ama, pero no se siente tan atraído por nosotras como solía estarlo? ¿Qué pasa si su computadora está llena de imágenes de lo que a él le parece atractivo y nosotras estamos a años luz de eso? Y ¿si tenemos setenta y cinco años, y cada gramo de atracción ha quedado muy atrás? ¿Podemos seguir sintiéndonos adecuadas en esta sociedad dominada por los medios, o sólo es posible si nuestro hombre se queda ciego?

El otro día, un tipo me dijo que los hombres normales nunca son demasiado viejos como para dejar de mirar mujeres. ¡Caramba! ¿Se supone que las que estamos casadas con estos hombres “normales” tenemos que seguir esforzándonos por competir con lo que hay allá afuera? O ¿tal vez debiéramos decirnos que las miradas de nuestra pareja son inofensivas? No me estoy poniendo a la defensiva; quisiera poder creerlo con todas mis ganas, pero, en ese caso, ¿inofensivas para *quién*?

¿Qué pasa si eres soltera y en el horizonte no hay un hombre

al que quisieras presentar a tu papá? Con sinceridad, ¿no hay nada más que convalide nuestra femineidad, si no es un hombre?

Es una ironía que muchas de las mujeres que se ponen a la defensiva y dicen no necesitar nada de un hombre hayan hecho una de estas tres cosas: han intentado convertirse ellas mismas en varones, han recurrido a una relación codependiente con una mujer masculina, o han hecho lo de *Sexo en la ciudad*, tratando de ganarles a los varones jugando el mismo juego que ellos.

No me digas que no tenemos cuestiones con los hombres. Después de todo este tiempo en el ministerio femenino, no te creeré. Quizás tú seas la rara excepción, pero yo sé que si eres una mujer real, segura de ti misma, que no está obsesionada con la aprobación de los hombres ni alimentas algún rencor contra ellos, no has llegado a ese lugar por casualidad. Ninguna de nosotras podría lograrlo.

Quiero establecer un par de cosas, lo antes posible:

- 1) Los hombres, desde luego, no son la única fuente de inseguridad para las mujeres. Nos ocuparemos de otras causas en las siguientes páginas, pero estamos empezando aquí porque una mujer con emociones enfermizas hacia los hombres invariablemente será enfermiza en todas las demás áreas, algunas de las cuales van mucho más allá de su sexualidad.
- 2) No estoy atacando a los hombres. Nada podría estar más alejado de mi intención que culpar a los hombres de nuestros problemas, o inferir que nos divorciemos emocionalmente de ellos para sobrevivir. Dios me aplastaría como a un tábano si yo hiciera eso. Creo que

ninguno de los varones de mi vida alegraría que abrigo ira reprimida hacia su género.

Soy una gran hincha de los hombres. Algunos de los que he amado eran maravillosos, y me casé con mi favorito. Después de treinta años de matrimonio, todavía estoy prendada de mi esposo y no puedo imaginar la vida sin él. Nadie me hace reír como él. Nadie me hace pensar como él. Nadie tiene acceso a mi corazón como él. Él es digno de mi respeto y se lo doy de buena gana. Lo mismo pasa con mis yernos, y si hay alguien en este mundo que sea objeto de mi cariño desenfrenado, ese es mi nieto, Jackson. Amo a mis varones con todo mi corazón y tengo en la más alta estima a muchos otros.

Los hombres no son nuestro problema; lo que nos daña es lo que tratamos de conseguir de ellos. No hay nada más frustrante que intentar obtener nuestra femineidad de nuestro compañero. Usamos a los hombres como espejos para ver si somos valiosas, hermosas, deseables, dignas de atención, aceptables. Tratamos de leer sus expresiones y estados de ánimo para determinar si es el momento de actuar con inteligencia y hacernos las difíciles, o de hacernos las tontas y necesitadas de rescate. Peor aún, tratamos de poner en acción su Quijote interior y actuamos como damiselas en peligro. Cuando XX conoce a XY y trata de apropiarse de ese X para tener uno extra, lo que está intentando es mutar a ambos.

Lo digo con respeto y con gran compasión: pretendemos conseguir nuestra seguridad de un género que realmente no tiene mucho que le sobre. Nuestra cultura es tan despiadada con los varones como lo es con las mujeres. Sus inseguridades adoptan formas diferentes, pero no te equivoques. Ellos las tienen. Tú lo sabes, y yo también.

Admitámoslo. Los hombres quieren que recuperemos el control de nosotras mismas. No quieren vivir bajo la presión de tener que hacerse cargo de nuestro sentido de autoestima. Es demasiado para ellos. Los más cándidos lo reconocerán con gusto, y si no lo hacen, te darás cuenta cuando los veas correr a toda prisa para poner su vida a salvo.

El hombre se siente mucho más atraído por una mujer segura que por la que es una ruina emocional que insiste en que él podría completarla. Como dice mi amiga Christy Nockels: “A los hombres no los atraen las mujeres histéricas y necesitadas.” Me avergüenza decir que lo sé por experiencia personal. No es mi enfoque habitual, pero a veces la vida me ofrece oportunidades tan irresistibles de actuar como una idiota que cedo.

He tenido la bendición y la calamidad de casarme con un hombre muy sincero. Keith es de los que han orado pidiendo perdón por pensamientos impuros, aun cuando yo estaba sentada ahí mismo, a su lado, con la cabeza inclinada. Demás está decir que mi cabeza no permaneció inclinada. Ahí estaba yo, pensando que no había nada más seguro en el mundo que orar con mi esposo, y entonces . . . ¡pum! Con toda sinceridad, este hombre no me lastimaría intencionalmente por nada en el mundo. Y bien sabe que, después de mi primera gran reacción, nunca más volvió a hacer este tipo de oración-confesión. Keith es un tipo muy cariñoso, pero él no tenía idea de que un comentario inocente (y por sentimiento de culpa, irónicamente) pudiera herir mi autoestima, mucho menos hacer que se me cruzaran todo tipo de imágenes nocivas, según mi estado de ánimo. Lo peor de todo es que una semana después yo seguía pensando en lo que Keith había dicho, mientras que él permanecía ajeno al asunto.

Esa es una clave que nos plantea algo importante. ¿Vamos a insistir en obtener nuestra seguridad de personas —hombres o mujeres— que ignoran la enorme importancia que le damos a la manera en que nos valoran? ¿En serio? Quizás otros en nuestras vidas no sean tan despistados. Quizás se regodeen en el poder que tienen sobre nosotras. Sea como fuere, ¿vamos a vivir lastimadas y ofendidas? La perspectiva es agotadora. La realidad, a la larga, es extenuante.

De innumerables maneras, Keith ha sido la mejor medicina del mundo para mi caso terminal de idealismo, por amarga que pueda resultar la dosis. Nunca olvidaré un breve diálogo que tuvimos hace unos diez años, a raíz de que sufrí la pérdida de una amistad. De pronto, su mujer autosuficiente (con la que él se había casado específicamente por tal característica) empezó a tratar de absorberle la vida y, aunque parezca mentira, creyó que a él eso le encantaría. Después de pensar cuidadosamente y de planificar esa entrega completa de mi vida, le hice a Keith una declaración valiente y llorosa, que decía más o menos lo siguiente: “Voy a centrar mi atención en ti. Tú eres mi mejor amigo. En muchos sentidos, mi único amigo. He decidido que tú eres la única persona en el mundo en la que puedo confiar de verdad.” Él me miró como un conejo asustado y dijo: “Cariño, ¿no puedes confiar en *mí*!” Ese era el auténtico Keith. Aunque nunca me había sido infiel, ni pensaba serlo, en su estilo demoledor quiso decir: “¿No puedes depositar toda tu confianza en mí! ¿No puedo aceptar la presión! ¿Yo también te fallaré!” Me quedé completamente desconcertada. Era volver al punto de partida.

Un hermoso lugar donde estar, en realidad. Un lugar que estoy tratando de encontrar, una vez más. Quizás la persona con la que

estoy enojada sea conmigo misma. Quizás estoy furiosa conmigo misma por necesitar cualquier parte de esta jornada para mi propio bien. ¿Cómo podría necesitar algo más en este mundo, aparte de lo que ya tengo? Señor, ten misericordia. ¿Qué más podría querer una mujer? En realidad, me gustaría decirte exactamente qué otra cosa podría querer esta mujer, y no sólo para su propio beneficio. Quiero que en lo profundo del alma tengamos una seguridad que provenga de una fuente que nunca se agote ni nos desacredite por necesitarla. Nos hace falta un lugar al cual podamos ir cuando estemos necesitadas e histéricas, aunque nos resulte odioso estarlo. No sé tú, pero yo necesito alguien que me ame cuando me odio a mí misma. Y, sí, alguien que me ame una y otra vez hasta que me despida de todos estos elementos terrenales.

La vida es demasiado difícil, y el mundo demasiado mezquino, para que muchas de nosotras consigamos un elevado sentido de aceptación, aprobación y afirmación desde temprano, y lo mantengamos por el resto de nuestra vida . . . pase lo que pase. Las circunstancias cambian abruptamente y llegan los reveses. Las relaciones terminan de improviso; o, de manera igualmente impactante, comienzan. Cambian las escuelas. Cambian los amigos. Cambian los empleos. Se producen ofensas. Se cometen traiciones. Ocurren tragedias. Los compromisos se terminan. Los matrimonios comienzan. Los hijos llegan. Los hijos se van. La salud decae. Las estaciones cambian. La vieja situación que llega sigilosamente en una nueva época de nuestra vida puede ser más complicada que nunca. Podemos pensar que hemos asesinado al monstruo de una vez por todas, pero entonces se levanta de la muerte y le ha crecido otra cabeza.

Como si la lucha no fuera lo suficientemente dura, nos sabotearmos a nosotras mismas y nos sumergimos en la autocondenación

como un submarino relleniéndose de agua. ¿Con qué frecuencia pensamos: *Ya debería manejar esto de una mejor manera?* Así que ¿está bien preguntar por qué no lo hacemos? Por ejemplo: ¿qué hay en el fondo de una respuesta impulsiva y desagradable?

Dios no creó seres estáticos cuando sopló vida dentro de Adán. Como criaturas dinámicas, siempre estamos cambiando, ya sea subiendo o bajando en espiral como por una escalera. Por favor, no me malinterpretes. Dios nos libre de vivir la vida en un círculo vicioso de avance y retroceso. He aprendido algunas lecciones que me tomaron décadas, y espero por todos los cielos no tener que volver a aprenderlas. Sin embargo, nunca llegué a un lugar en el que el dolor o la incertidumbre ya no me extendieran la invitación a una dosis considerable de falta de confianza, aun cuando tomo la difícil decisión de no morder el anzuelo. Todavía me incomoda más fácilmente de lo que quisiera, y quedo atrapada en un breve pero sombrío pozo de inseguridad, uno que me afecta de manera demasiado reiterada como para negar que haya algo roto en alguna parte. Muchas veces, cuando la situación merece algunos sentimientos heridos, tiendo a responder con un clásico efecto demoledor. “Sé bien de lo que hablo,” rependo. “No puedo creer que haya vuelto a caer en esto. Mi mente sabe perfectamente bien que esto no me caracteriza. ¿Por qué no puedo transmitirle ese mensaje a mi corazón?”

Escucha con atención: el enemigo de nuestra alma gana más cuando retrocedemos que cuando sucumbimos ante un primer ataque. Lo primero es infinitamente más desalentador. Mucho más efectivo para hacernos sentir desesperadas y tentarnos a renunciar. Podemos racionalizar, incluso sinceramente, que el primer ataque nos tomó por sorpresa. Los retrocesos, por otro lado, hacen que

nos sentimos débiles y estúpidas: *A estas alturas, ya debería haber superado esto.* Hace poco tiempo tropecé con una pregunta que acuña perfectamente esta mentalidad: ¿Cuántas veces debo demostrarme que soy una idiota?

Odio seguir abatiéndome tan fácilmente, y de algún modo trato de convencerme de que si tan sólo pudiera desarrollar un psiquismo suficientemente saludable, la vida no podría tocarme. Sería completamente inmovible. Una roca. Sin embargo, algo sigue fastidiándome. Cierta vez, un hombre conforme al corazón de Dios confesó: “Cuando yo tenía prosperidad, decía: ‘¡Ahora nada puede detenerme!’ Tu favor, oh Señor, me hizo tan firme como una montaña; después te apartaste de mí, y quedé destrozado” (Salmo 30:6-7).

En cuanto me siento completamente segura, como si fuera la mejor amiga de Dios, un terremoto parte por el medio esa montaña fuerte. Y, madre mía, quedo destrozada. Me parece que nunca debemos llegar a estar tan seguras de nosotras mismas como para no ser conmovidas. ¿Es posible que una roca pueda moverse hacia adelante?

¿Es la meta de una vida de fe llegar a un lugar donde simplemente nos mantenemos fijas hasta nuestra muerte? Tal vez eso sea parte de mi problema. Tal vez me aburro fácilmente. Siempre estoy queriendo ir a algún lugar con Dios. Olvido que, para poder ir realmente, tiene que suceder algo que produzca en mí el deseo de abandonar el lugar en el que estoy. Tal vez todas estemos hartas de avanzar tres pasos y tener que retroceder dos. Me dirás que soy un genio de las matemáticas, pero ¿acaso no significa eso dar un paso hacia adelante? ¿Acaso no es eso un gran progreso en nuestra carrera contra los vientos huracanados de una cultura atea? Y si no

perdemos ese terreno, ¿no estamos en camino a algún sitio nuevo? ¿Estamos dispuestas a dar tres pasos más, aunque tengamos que retroceder dos?

Quizás este proceso sea sólo para mí. Jamás he escrito un solo libro en base a un conocimiento que domine. Suelo escribir para descubrir algo que estoy anhelando, incluso algo por lo que estoy desesperada. He encarado muchas cuestiones en el camino, pero, Dios me ayude, que alguien me diga que me retire cuando empiece a escribir libros con el único fin de hablar de mí misma. Esa clase de engreimiento me hace sentir muy mal. Dios ha sostenido este ministerio para la mujer, que tiene un simple enfoque: soy una mujer común que comparte problemas comunes, en busca de soluciones comunes, recorriendo un camino con un Salvador poco común. Si algo me lastima, concluyo que probablemente lastime a otra persona. Si algo me confunde, considero que es probable que también confunda a otra persona. Si algo me ayuda, espero, con todas mis fuerzas, que pueda ayudar a alguien más. Después de todo, “las tentaciones que enfrenta[mos] en [nuestra] vida no son distintas de las que otros atraviesan. Y Dios es fiel” (1 Corintios 10:13).

Para ser sincera, no sé si tú y yo nos sentimos igual en este momento. Sólo tengo el presentimiento. A ver si esto suena como algo que podría brotar de tu propia pluma: Ya estoy harta de la inseguridad. Ha sido una pésima compañera. Una amiga malísima. Prometió siempre pensar primero en mí y comprometerse en actuar para mi beneficio. Juró enforcarse en mí y ayudarme a evitar que me hieran o que me olviden. En cambio, la inseguridad invadió cada área de mi vida, me engañó y me traicionó en un sinnúmero de oportunidades. Ya es hora de que me restablezca

emocionalmente lo suficiente como para elegir mejores compañeras de vida. Tengo que deshacerme de ella.

Por la gracia y el poder de Dios, he tenido la vivificante alegría de ganar muchas batallas, algunas de ellas contra enemigos nada pequeños. He experimentado victorias espectaculares sobre el pecado sexual, la adicción, las relaciones enfermizas y otros adversarios igualmente feroces. Pero hay una batalla en particular que no he ganado: la batalla contra la fortaleza de la inseguridad. *Todavía*. Con la ayuda de Dios, voy a lograrlo. Es demasiado siniestra y está muy profundamente entrelazada en las fibras de mi alma femenina como para que me ocupe de ella cargando además una maleta llena de otras fortalezas. Gracias a Dios, llega un momento en la vida servicial cuando estás preparada para enfrentar al enemigo Goliat en persona y pelear a muerte contra él.

Tienes en tus manos el relato de una mujer en busca de una seguridad real y duradera, que transforme el alma. Me honraría que quisieras acompañarme.